

NOTA BIBLIOGRÁFICA: LEANDRO PRADOS DE
LA ESCOSURA. *EL PROGRESO ECONÓMICO
DE ESPAÑA (1850-2000)*^a

ALBERT CARRERAS
Universitat Pompeu Fabra¹

Estamos ante un libro largamente esperado y que representa la culminación de una línea de investigación madurada a lo largo de toda una generación de investigadores en historia económica de España. Leandro Prados de la Escosura comenzó a manifestar su interés por la estimación de la renta nacional española desde los primeros trabajos que publicó. De hecho, todo su inicial interés investigador sobre el comercio exterior estaba íntimamente ligado a obtener estimaciones razonables del PIB por habitante español que permitieran delinear el grado de desarrollo –o de atraso– de la economía española en el siglo XIX largo –de 1780 a 1914, aproximadamente–. Podemos rastrear sus esfuerzos desde el inicio de su actividad investigadora. A principios del decenio de 1980 (1982 y 1984) ya presentó diversas estimaciones procedentes de un análisis detallado de las cifras propuestas por M. G. Mulhall en pleno siglo XIX. En trabajos sucesivos se fue atreviendo a ampliar y sistematizar sus estimaciones. En *De Imperio a Nación* (1988) ya había una base sólida de esti-

^a Madrid: Fundación BBVA, 2003. Pp. 762 + CD-Rom; 30 euros.

¹ Departament d'Historia Econòmica. Ramon Trías Fargas, 25-27. 08005 Barcelona. albert.carreras@upf.edu

maciones para unos cuantos cortes transversales. A principios del decenio sucesivo Leandro Prados se lanzó de modo sistemático a una estimación, con todo el aparato erudito y toda la ambición intelectual, de la contabilidad nacional histórica de España. De ahí surgieron documentos de trabajo tan utilizados como el de 1993 y, sobre todo, el de 1995 –y diversas versiones preliminares de los mismos, fechadas en 1992, que circularon entre los especialistas. El mismo éxito de estos documentos de trabajo, y su amplia utilización en España y en todo el mundo, supusieron un notable quebradero de cabeza para su autor, que veía como sus datos, aún provisionales, eran utilizados como si fueran definitivos. Leandro Prados se arriesgó a sufrir muchas críticas con estas primeras pre-publicaciones. No fueron pocos los que ironizaron sobre su constante cambio de resultados, particularmente vistoso entre 1988 y 1995. Fue valiente porque puso siempre sobre la mesa los mejores resultados disponibles. Fue criticado, pero también muy utilizado. Al principio hubo incluso –¿cuántos lo negarán ahora?– quien le ignoró dando por utópico e imposible su empeño. También es verdad que la recepción académica de cada uno de estos trabajos está en la base de la solidez del que ahora presenta.

Entre 1982 y 1988 Leandro Prados pasó de unas estimaciones contemporáneas basadas más en la intuición de los contemporáneos (*guesstimates*) y en su buen juicio que en la investigación, a unas estimaciones que movilizaban, para unos pocos años (1800, 1830, 1860, 1890, 1910, 1920 y 1930) una enorme cantidad de información. En 1993 ya presentó una serie de PIB y todos sus componentes por el lado del producto de 1850 a 1990, que mejoraba sustancialmente todas las precedentes estimaciones de otros autores (incluidas las de este reseñador) pero que seguía sufriendo de debilidades que se ponían de manifiesto cuando se comparaban internacionalmente. Leandro Prados trabajó mucho para superar estas limitaciones en su ensayo de 1995. Rastreó nuevos materiales, pero, sobre todo, corrigió a fondo los enlaces de las series de Contabilidad Nacional. Los supuestos habituales en el enlace de las contabilidades nacionales –a saber, que los niveles de ocultación o de economía sumergida– eran constantes, podían resultar aceptables para series relativamente cortas, de un decenio o dos. Pero resultaban totalmente implausibles para series largas y generaban estimaciones de PIB por habitante demasiado altas para el pasado remoto. Leandro Prados acertó a diagnosticar que los niveles de subregistro eran fruto de procesos más de corto plazo, consecuencia de la batería de indicadores de producto o de actividad y de los procedimientos de deflación utilizados. Para 1964-1979 usó una doble deflación que corrigió sustancialmente los sesgos inherentes al enlace de las series oficiales. También se preocupó por garantizar una base de comparación internacional plenamente homologable. De hecho, su preocupación por el tema le llevó a una contribución de primera fila internacional, cual es su artículo del 2000 en *Explorations in Economic History* «International comparisons of real product, 1820-1990: an alternative data set», en el que propone un nuevo método de estimación de la renta más atento al cambio de los precios –y,

por lo tanto, de las paridades de poder adquisitivo— a lo largo del tiempo. De esta preocupación surgió la voluntad de no regatear esfuerzos para estimar un conjunto de deflatores de cada componente del PIB.

Los resultados de 1995 tuvieron mucho éxito y han ido conquistando, progresivamente, el consenso de la comunidad de investigadores españoles e internacionales. Hasta el año 2003 incluido, todo el mundo los ha utilizado con notable satisfacción. Todos nos preguntábamos por qué no los publicaba para darlos por definitivos. El único que ha seguido batallando por una serie mejor ha sido Leandro Prados. El libro que ahora reseño muestra que las líneas de mejora en las que el autor soñaba eran tres: la estimación del PIB por el lado del gasto, la estimación sistemática de deflatores y el análisis de los resultados.

El progreso económico de España consiste en diversos libros. En primer lugar es una estimación seriada anualmente del PIB por el lado del producto. A ello el autor dedica un capítulo de detallada revisión de los trabajos previos, más un detallado capítulo en el que explicita todas las fuentes y métodos seguidos para la estimación, y parte de otro capítulo de enlace con la Contabilidad Nacional de España. A este centenar de páginas hay que añadir ciento setenta de cuadros para los datos del período 1850-1958 y unas ochenta más para las series de 1958 a 2000 y para la presentación seriada continua de 1850 al 2000. Estamos hablando de cerca de trescientas cincuenta páginas. Una monografía hecha y derecha que hubiera valido los honores de una publicación autónoma. En buena medida, la comunidad académica ya conocía esta contribución de Leandro Prados, aunque los acabados finales sufrieran de pequeños cambios en las versiones intermedias que nos iba mostrando. Este primer libro es impecable y magistral. Después apuntaré alguna crítica, pero lo adecuado es apremiar a todo el mundo a utilizarlo.

En segundo lugar, *El progreso* es también una estimación seriada anualmente del PIB por el lado del gasto. Este segundo libro es algo más breve, pero tan importante como el precedente, o más. El autor le dedica un denso capítulo de treinta páginas y partes del capítulo de enlace con la Contabilidad Nacional y partes, menores, del capítulo de antecedentes. Los cuadros dedicados a desplegar el entramado factual de la estimación del PIB por el lado del gasto ascienden a ciento cincuenta páginas para 1850-1958, a las que hay que sumar unas veinte del período 1958-2000 y unas setenta para el conjunto del arco temporal 1850-2000. En total, unas doscientas ochenta páginas. Por si sólo este libro hubiera merecido una publicación independiente y hubiera significado una contribución de primer orden al conocimiento del pasado económico español y al mejor conocimiento del pasado económico del mundo contemporáneo —en todo el mundo los estudios sobre el PIB por el lado del gasto son mucho más raros y valiosos y suelen corresponder a una segunda generación de investigación sobre la contabilidad nacional histórica.

En ambos casos el grueso de la originalidad factual se centra en el siglo largo que va de 1850 a 1958. Pero el autor ha corregido también los enlaces al uso en la

Contabilidad Nacional. Leandro Prados presenta deflatores detallados para todas las partidas consideradas del producto y el gasto. Constituyen otro libro dentro del libro y, de nuevo, una contribución factual de primer orden. Podemos sentir la tentación de criticar al autor por no haber anticipado cada uno de estos libros a medida que los completaba. La virtud de lo que ahora publica es que las estimaciones del producto y el gasto se refuerzan mutuamente, y ello ofrece una preciosa garantía para todos los usuarios. Leandro Prados explica pormenorizadamente cómo ha construido cada serie. No sólo las reproduce en cuadros sino que nos permite –y felicitamos por ello a la Fundación BBVA– consultarlas en un CD-Rom adjunto al libro –que también incluye algunos gráficos en colores, no disponibles, con esta misma calidad, en el libro.

Dos libros y un CD-Rom son ya mucho. Pero, además, el autor nos brinda otro libro: su interpretación del crecimiento económico español en el último siglo y medio. A este libro lo titula: «Tendencias a largo plazo de la economía española». En ochenta páginas Prados repasa las fases del crecimiento de la economía española. En las primeras cuarenta lo hace en un modo ya anticipado en trabajos anteriores –rasgos estadísticos de la nueva serie, etapas del crecimiento y comparaciones internacionales–. En las segundas cuarenta páginas –«Asignación de recursos y crecimiento»– es totalmente original e innovador. Más allá de los contrastes de calidad de su serie con las otras preexistentes para España o con las del resto del mundo, Prados propone un esquema interpretativo nuevo basado en los precios relativos de los principales componentes del gasto y del producto y en un análisis del cambio estructural y el crecimiento de la productividad. Podemos sospechar que ésta ha sido la razón principal del retraso en la publicación: el prurito del autor por redondear su interpretación de todo el material propuesto.

Leandro Prados dedica tiempo y espacio a explicar en qué mejora las estimaciones previas, y en qué se separa de ellas. El autor no deja lugar a dudas sobre la calidad relativa de su trabajo en comparación con los precedentes. El resultado es muy superior, y nadie que busque una serie del PIB español de 1850 en adelante debe vacilar: tiene que usar la que Leandro Prados ofrece en su *El progreso*. Puede elegir entre muchas en función de su interés exacto: si producto o si gasto, si a coste de los factores o si a precios de mercado, si a precios corrientes o si a precios constantes, si a dólares internacionales o si en índices cuánticos, etc. El esquema cuantitativo de Prados permite descomponer el producto hasta en 33 sectores productivos y el gasto hasta en 16 tipos. El detalle es el que corresponde al período 1850-1958. Después de 1958 la servidumbre del enlace con la Contabilidad Nacional le obliga a reducir el desglose a sólo cuatro sectores productivos –agricultura, silvicultura y pesca; industria; construcción y obras públicas, y servicios– y seis componentes de gasto –consumo privado, consumo público, formación bruta de capital fijo, variación de existencias, exportaciones de bienes y servicios e importaciones de bienes y servicios.

El nivel de desagregación sectorial anterior a 1958 es espectacular. Para el sector agrario permite distinguir la agricultura de la silvicultura –desde 1901– y la pesca. En el sector industrial, separa las industrias manufactureras de las extractivas y del agua, gas y electricidad. Las manufactureras, a su vez, se dividen en once clases: alimentos, bebidas y tabaco; textiles; vestido y calzado; madera, corcho y muebles; papel, edición e impresión; industrias químicas –las dos últimas desde 1913–; piedra, arcilla, vidrio y cemento –desde 1877–; metálicas básicas; metálicas de transformación; material de transporte –desde 1855–; y otras. La construcción y las obras públicas se subdividen en: construcción residencial y comercial, ferroviaria, carreteras, infraestructuras hidráulicas, y otras obras públicas. Los servicios se subdividen en doce: transporte, comunicaciones, comercio al por mayor y al por menor, banca y seguros, propiedad de viviendas, administración pública, enseñanza, servicios sanitarios, otros servicios, hostelería, servicio doméstico, y profesiones liberales. En el enfoque de gasto se especifican ocho tipos de consumo privado: alimentos, bebidas y tabaco; vestidos y otros artículos personales; gastos corrientes de los hogares; consumo duradero; higiene y cuidado personal; transporte y comunicaciones; esparcimiento; y otros servicios. El consumo público constituye otra serie. En la formación interior bruta de capital se distingue entre cinco tipos: viviendas, otras construcciones, material de transporte, maquinaria y equipo, y variación de existencias. Finalmente, distingue también las importaciones de bienes y servicios de las exportaciones. Para todas estas series y sus varias combinaciones se presentan deflatores específicos. Todos se han construido con sumo detalle y atención. No creo que se puedan mejorar fácilmente; más bien opino que no merece la pena intentar una nueva estimación, al menos en la próxima generación. Aún así hay algún flanco abierto para la crítica.

El nivel de detalle del autor en la explicación de las fuentes y los métodos sufre de una tensión entre la voluntad de transparencia y la necesidad de brevedad. Las servidumbres de la publicación le obligan a menudo a limitarse a unos apuntes de lo que, con más espacio, exigiría una explicación más pormenorizada. Así, por ejemplo, en la página 68, al tratar de la industria extractiva en el contexto de la estimación del PIB por ramas de actividad, Prados explica en nota a pie de página que «las fuentes empleadas para las cantidades y los precios han sido Carreras (1983, 1989), Coll (1985) y Escudero (1998)». Los expertos pueden quedar satisfechos, pero aquellos que se aproximen al texto con un menor conocimiento de la materia tendrán dificultades para formarse una idea cabal de cuáles son exactamente las series utilizadas.

La estimación del sector agrario de 1850 a 1890 quizá suscite críticas. Prados ha realizado, a mi parecer, la mejor estimación posible. Sin duda, se podrá mejorar dentro de unos cuantos años, cuando se haya descubierto más información o cuando se haya aprendido a aprovechar mejor la información disponible. Yo la he defendido y no podía ser de otra manera porque en una medida significativa nace de series y procesos de estimación de los que soy corresponsable, y también porque he podido con-

trastar su solidez en un estudio de la coyuntura que parecía más criticable: de 1866 a 1875. Aún así, la fragilidad de los datos ganaderos puede tener un impacto negativo sobre la calidad de la estimación. Leandro Prados ha utilizado con mucho tino los datos disponibles, pero estos son realmente escasos para los primeros decenios cubiertos en el libro. Sospecho que los críticos no lograrán estimaciones netamente distintas de las de Prados. El recurso al escepticismo cuantitativo es siempre una solución para tranquilizar a los incrédulos, pero ahora es menos defendible que antes.

Una serie que complica la estimación del producto agrario y del industrial es la del vino. Entra en el sector agrícola como mosto y vuelve a aparecer en el sector industrial como vino. En ambos casos se trata de una serie que, para el período 1850-1890, tiene la misma matriz: la comercialización de vinos por ferrocarril, ajustada por la extensión de las líneas. Esta estimación tiende a exagerar, de 1870 a 1880, el gran impulso exportador provocado por la difusión de la filoxera en Francia, y amplifica la contracción cuando la filoxera se difunde en España, sobre todo de 1890 a 1900. Por este motivo podría ser que las discrepancias entre la estimación de la producción industrial de Prados y la mía, puestas de manifiesto en el gráfico 2.2. y en el cuadro 2.6. estén exageradas. Si eliminamos el factor «vino» tengo la impresión de que se reducen mucho. Por el mismo motivo podemos esperar alguna distorsión en la estimación del crecimiento agrario para estos mismos decenios. En un sentido contrario actúa el precio del vino. Durante la fase expansiva, las cotizaciones de los caldos suben respecto a los demás productos, mientras que bajan en la fase contractiva. No sabemos cuál es el efecto neto de los dos movimientos. Al menos, Leandro Prados nos obliga a enfrentarnos a su solución, que está razonada y es razonable.

También en la agricultura y en la industria, resulta algo frustrante no disponer de una estimación, por frágil que sea, del valor añadido sectorial a precios corrientes para todos los subsectores definidos. La silvicultura –en el sector agrario– y las industrias de la madera, el corcho y los muebles –por poner un ejemplo dentro de las industrias manufactureras, que es donde más se da este problema–, no disponen de estimaciones de valor añadido para los primeros decenios. Prados ha compensado esta debilidad reasignando el peso de estos sectores entre otros similares. Hubiera sido mejor, a efectos de mejorar el manejo y la replicabilidad de la estimación, explicitar la serie que resulta de la aplicación de este supuesto. En algunos casos de la industria manufacturera falta la estimación de valor añadido a precios corrientes a pesar de disponer –y publicar– un índice cuántico sectorial –como sucede con las industrias de la madera, corcho y muebles antes citadas–. En ese caso lo que le falta al autor es un deflactor específico. Hubiera sido mejor, también en aras del manejo y replicabilidad de las series, aplicar el deflactor que se ha utilizado implícitamente y publicar el valor añadido resultante en pesetas corrientes. Son objeciones de menor importancia, pero que quieren advertir al lector de posibles complicaciones en la interpretación de las tablas.

No creo que haya mejoras previsibles en el campo de la estimación de la construcción y las obras públicas donde el autor ha realizado un gran trabajo, totalmente

contrastado con el que resulta de la estimación del PIB por el lado del gasto. En cambio, pese al despliegue de subseries y deflatores, el otro flanco abierto a la crítica es el peso del sector servicios. Leandro Prados ha usado las mejores técnicas posibles en contabilidad nacional histórica para la medición del sector servicios. Pero el resultado obtenido parece superior a las expectativas. El peso de los servicios en el PIB es relativamente alto en términos históricos y comparativos. El autor lo justifica por la utilización de una convención contable rigurosa que adjudica el carácter de producción de servicios a actividades realizadas dentro de empresas agrarias e industriales que, aplicando otras convenciones, hubieran sido contabilizadas como pertenecientes al mismo sector que la empresa. Así, los servicios de los abogados o de los bancos a una empresa minera han sido contabilizados como producción del sector servicios cuando otra convención contable los hubiera asignado al sector minero. Este efecto es más poderoso aplicado a las explotaciones agrarias familiares, donde es muy incierta la parte de actividad dedicada a cada sector. En el proceso de agregación todo ello puede dar lugar a una sobreestimación, en comparación con otros países y con otras estimaciones, del sector servicios. Es, en buena medida, un problema derivado del tipo de fuentes utilizado y de un mayor escrúpulo por la correcta adjudicación contable de cada tipo de actividad. La estimación de los servicios en la banda alta de su posible medición suscita, pese a todo, el problema de si tiene sentido que España gozara de un sector de servicios tan importante. He aquí un verdadero problema que merecerá la pena de ser investigado con más calma. Leandro Prados lo detecta y lo considera atentamente. Las habituales estimaciones del PIB por habitante español anterior a 1850 tendían a sugerir niveles de renta bajos y, por ende, proporciones pequeñas para el sector servicios. Los estudios recientes van matizando esta imagen y comienzan a subrayar el alto nivel de riqueza de buena parte de las provincias españolas durante la Edad Moderna. El debate sobre los salarios reales y los niveles de vida reales en los siglos XVI a XVIII va desvelando que la economía castellana gozaba de niveles de renta altos, compatibles con un fuerte desarrollo de actividades terciarias. Por otra parte, la ausencia de reflexiones pormenorizadas, comparativas o no, sobre el desarrollo de los servicios nos impide formarnos una idea cabal sobre el origen del potencial sesgo, si lo hubiere, en la medición del sector servicios. La mayoría de las estimaciones de contabilidad nacional histórica son más sólidas en los sectores primario y secundario que en el terciario. Leandro Prados ha arriesgado mucho utilizando las metodologías más avanzadas, como la de la deflación por sectores y subsectores, y pudiera ser que algún efecto imprevisible se hubiera podido introducir por este lado. No lo sabemos, pero sí que nos consta que Leandro Prados ha apostado a fondo por la reintroducción de los precios en la medición de la renta del pasado. Esta visión sensible a los cambios en la PPA es, en realidad, inédita, y probablemente nadie –o casi– esté hoy en día en condiciones de defender un punto de vista fuerte sobre la evolución de los distintos deflatores. Su artículo del 2000 lo dejaba bien claro: los prejuicios sobre el

ranking de los PIB por habitante están fundamentados en generaciones de investigación basada en cantidades. Devolver los precios al centro del escenario investigador es un verdadero cambio de paradigma, equivalente –y no por casualidad– al de pasar de una economía planificada a una economía de mercado. Por todo ello, creo que hay que estudiar con mucha calma la estimación «pradosiana» de los servicios. Mi impresión es que su investigación, extremadamente rigurosa, nos está apuntando en la dirección de nuevos problemas que habrá que reevaluar y afrontar.

La estimación del gasto resulta menos susceptible de críticas que la del producto. Ello se debe, en buena medida, a que no existen especialistas por tipos de gasto. Mientras que el sector agrario dispone de multitud de investigadores, el consumo privado no puede exhibir nada parecido. Yo animo a los investigadores más escépticos a que utilicen los datos de Prados desde el enfoque del gasto. Las estimaciones de consumo público no son, por ahora, susceptibles de crítica, aunque quizá algo pueda cambiar cuando se sepa mucho más sobre el gasto de las administraciones públicas no estatales –pero lo esencial de estos cambios ya ha sido incorporado por Prados gracias a la ayuda del máximo experto: Francisco Comín. Tampoco lo son las del sector exterior –importaciones y exportaciones de bienes y servicios. Si algo más se sabe en un futuro próximo será por obra del mismo Leandro Prados o de colaboradores suyos. Podemos esperar que él haya incorporado lo mejor del estado de nuestros conocimientos. Tampoco la formación de capital se presta a que aparezcan grandes novedades. La serie de Prados no es muy distinta de la que este reseñador había publicado en 1985. Todo lo nuevo debería venir por el lado del consumo privado. Progresivamente vamos aprendiendo más sobre el tema, especialmente para el siglo XIX, pero tardaremos antes de poder reformular completamente la estimación «pradosiana». Me atrevo a pronosticar que los desafíos futuros a la estimación de enfoque del gasto –y de todo el PIB– deberán venir por el lado de los deflatores. Ello debería ser así porque es en la estimación de nuevos deflatores que Leandro Prados ha sido más original. Tanto que no disponemos de ideas prefijadas sobre lo que deberíamos esperar. Pero, precisamente por la originalidad de esta investigación, es en ella donde se acumulan más riesgos y donde hay más potencial para críticas y para mejoras.

En efecto, la utilización de los deflatores de cara a reflexionar sobre la historia económica española reciente en términos de precios sectoriales relativos es una de las grandes contribuciones del libro a nuestro conocimiento y a la agenda investigadora. Leandro Prados nos presenta tanta evidencia nueva, de tanto calibre y tan relevante, que nos va a costar tiempo digerirla. No habíamos reflexionado en estos términos para la economía española, aunque sí se había hecho para otros países. Así, Prados nos presenta la relación real de intercambio agricultura-industria –el deflactor de la agricultura dividido por el de la industria. Este gráfico (p. 218) es suficiente para alimentar el debate historiográfico durante años.

He aquí un cuadro de los valores quinquenales (1995=100) de ésta y otras ratios importantes:

CUADRO 1

VALORES QUINQUENALES DE RATIOS IMPORTANTES (1995=100)

Año	Deflactor agricultura/ Deflactor industria	Deflactor consumo privado/Deflactor consumo público	Deflactor FBCF/ Deflactor consumo privado	Deflactor exporta- ciones/Deflactor importaciones
	A	B	C	D
1850	52	169	141	68
1855	67	193	100	68
1860	65	163	108	69
1865	59	153	104	62
1870	63	163	100	67
1875	62	173	108	85
1880	67	180	89	83
1885	76	175	75	75
1890	70	179	84	76
1895	68	186	87	81
1900	64	156	104	73
1905	68	165	86	71
1910	58	163	92	72
1915	71	183	82	53
1920	62	167	95	51
1925	67	157	106	61
1930	69	171	102	55
1935	63	162	113	59
1940	86	150	101	84
1945	104	159	89	44
1950	114	158	98	61
1955	83	185	106	67
1960	101	194	108	89
1965	108	182	95	89
1970	118	127	94	95
1975	136	115	95	89
1980	119	94	119	84
1985	99	99	113	78
1990	105	100	107	98
1995	100	100	100	100
2000	85	100	103	99

Fuentes: *El progreso*. Cuadro A.11.9. (A) y Cuadro A.13.6. (B, C y D).

El perfil de la relación real de intercambio agricultura-industria es de estabilidad hasta la Guerra Civil, fuerte crecimiento hasta 1975 y fuerte caída después. Dicho de otro modo: bastante distinto de lo que se venía diciendo. No parece que los cambios de 1850 a 1935 sean de suficiente entidad como para explicar grandes transformaciones o grandes frenos. Se aprecia una leve mejora de los precios relativos agrarios hasta 1885, y una caída hasta las vísperas de la Primera Guerra Mundial. Lo que sabemos del proteccionismo industrial es compatible con estos datos. La mejora de los precios agrarios en el período de entreguerras no parece de gran entidad. Sí lo es, en cambio, el intenso crecimiento posterior a la Guerra Civil, sólo interrumpido a mediados del decenio de 1950. Toda la literatura sobre la contribución de la agricultura al crecimiento económico vía precios se viene abajo. Ya lo había anticipado Teresa Sanchis en investigaciones recientes «Transferencias intersectoriales de productividad en la economía española, 1958-1975», *Revista de Historia Industrial*, (2001) en las que subrayaba que la agricultura era el gran sector beneficiario de los incrementos de productividad del sector industrial. Los precios relativos agrarios sólo se hundían –sin volver al equilibrio prebélico– después de 1975.

La segunda columna presenta la ratio de los deflatores del consumo privado y el consumo público. Domina la estabilidad desde 1850 a 1965. Después de 1965 la ratio se hunde a la mitad en tres lustros, y se estabiliza a continuación. Parece que estamos ante un cambio estructural de la mayor importancia que había pasado inadvertido hasta el momento. Leandro Prados advierte que el cambio procede del deflador de los servicios no comercializados. Detrás del deflador del consumo público lo que hay son, en buena medida, salarios del sector público. El incremento de la dimensión de éste tuvo que suponer una mayor demanda de trabajo cualificado que se tuvo que reflejar, a su vez, en un aumento relativo de las retribuciones salariales. En otras palabras: probablemente estemos ante los primeros pasos del Estado del bienestar en España.

La tercera columna documenta la ratio de los deflatores de la formación bruta de capital fijo y del consumo privado. Leandro Prados le dedica mucha atención (pp. 195-199). Según él, la ratio ilumina la rentabilidad relativa de la inversión en bienes de capital. Captura simultáneamente el coste del capital y su rentabilidad esperada. Con la apertura al capital exterior del Bienio Progresista, se hunde el precio del capital. La tendencia a la liberalización del mercado de capitales y de bienes y servicios alimenta ulteriores caídas entre 1875 y 1885, a la vez que reduce progresivamente el rendimiento esperado del capital. El proceso se invierte de 1885 en adelante, con altibajos hasta 1935. Después de 1935 los cambios de tendencia son frecuentes: cae la ratio de 1935 a 1945, sube hasta 1955, cae de 1960 a 1965 y vuelve a subir de 1975 a 1980 –una subida estadísticamente sospechosa si se miran los datos anuales, por demasiado concentrada en un solo año: 1980–. Vuelve a caer lentamente hasta 1995. Todos estos vaivenes son interpretados cuidadosa-

mente por Leandro Prados, pero en este caso temo que puede haber sobreinterpretación. Por dos motivos: el rango de todas las oscilaciones es bastante pequeño y algún cambio intenso no parece tener justificación clara –el ciclo 1955-1960, en su detalle anual, y, más preocupante, el año 1980.

Finalmente, la cuarta columna presenta la relación real de intercambio –el deflactor de las exportaciones dividido por el deflactor de las importaciones. Es la serie con la que Leandro Prados entró con fuerza en la historiografía económica. Hace veinte años, o más, su contribución se centraba en el siglo XIX largo, y la expandió, con los datos hispano-británicos, hasta todo el siglo XVIII. Ahora nos proporciona la visión del siglo XX. Pues bien, la tendencia a la caída de la relación real de intercambio (RRI) que Prados ya había detectado a partir de 1875, aproximadamente, sigue más allá de la Primera Guerra Mundial y, con altibajos, es detectable hasta 1945 –con datos anuales puede observarse hasta los primeros años del decenio de 1950. La tendencia se invierte súbitamente y poderosamente entre 1954 y 1958, alcanzando una ratio significativamente superior a la del último siglo. La RRI se deteriorará durante las crisis petrolíferas, pero se recuperará con mucho vigor en 1986 y alcanzará nuevos máximos. En la segunda mitad del siglo XX la RRI ha contribuido al crecimiento económico español, como ya había sucedido entre finales del siglo XVIII y 1875. La mejoría está muy concentrada en el tiempo y resiste a los contratiempos de la crisis energética.

Como puede apreciarse, estamos ante muchos rasgos nuevos. Algunos se habían detectado y otros no. Leandro Prados nos enfrenta a todos ellos. Un rasgo es común a las cuatro ratios que he destacado: los cambios más drásticos proceden de la segunda mitad del siglo XX –de los dos últimos tercios para ser precisos–, pero no son unívocos ni coinciden en el tiempo. En algún caso la Guerra Civil y la Autarquía parecen decisivos. En otros el Plan de Estabilización o sus antecedentes –el decenio de 1950 es rico de cambios estructurales. En otros domina el crecimiento de los sesenta. Pero no siempre 1975 es la divisoria: puede también serlo 1980. La agenda de investigación vuelve a llenarse de interrogantes. Las prioridades investigadoras también se alteran. Ya no todo lo que se investigaba resulta tan interesante como antes. Ciertas líneas ganan inmediatamente centralidad.

Otro ejemplo de esta multiplicación de desafíos interpretativos se encuentra en la estimación de la productividad del trabajo. Leandro Prados se fundamenta en la explotación de unas tablas (A.11.4) de composición del empleo, procedentes de investigaciones de David-Sven Reher, distinguiendo entre cuatro grandes sectores –agrario, industrial, construcción y servicios. El autor reproduce los porcentajes año por año y elabora unos coeficientes de productividad laboral relativa muy interesantes. Los resultados, ampliamente comentados, suscitan alguna inquietud. Según Leandro Prados, la economía española se habría enfrentado a un fuerte dualismo –en el que tanto había insistido Nicolás Sánchez-Albornoz– du-

rante el primer siglo estudiado por el autor. La productividad del trabajo en la industria y los servicios habría sido muy superior a la de la agricultura y la construcción. El fenómeno no debería sorprendernos, pero sí su intensidad y persistencia. Según Prados, el dualismo se intensifica entre 1850 y el decenio de 1870 cuando la productividad del trabajo industrial mejora decisivamente y la de la agricultura permanece estancada. Después se mantiene en una proporción de tres a uno –o más– durante casi medio siglo. Se moderará en el medio siglo sucesivo, y sólo se producirá una fuerte –aunque incompleta– convergencia en el último cuarto de siglo. El gráfico 6.8 que sintetiza estas trayectorias desafía numerosos supuestos de la literatura, inclusive de la escrita por el propio autor. ¿Es creíble que entre 1880 y 1914 la industria gozara de una productividad del trabajo más de tres veces superior a la agricultura? No deberían haberse generado, lógicamente, flujos migratorios intersectoriales más intensos? ¿Volvemos al debate agricultura-industria con posiciones cambiadas?

Más allá de todo el impacto que tendrá sobre la historiografía económica española, el libro de Prados es un paso adelante importante en el esfuerzo internacional por medir la evolución del producto a escala mundial, liderado por Simon Kuznets entre, aproximadamente, 1940 y 1970, y por Angus Maddison desde entonces. Las series de Prados nos permiten un encaje sólido –definitivo– del progreso económico de España en perspectiva comparada. Él mismo ya había anticipado este resultado en numerosas ocasiones, y probablemente haya sido el contraste más duro para sus estimaciones y un permanente acicate para mejorarlas. La actual imagen no es distinta de la que él mismo anticipaba en 1995 y que dio lugar a las primeras reflexiones de diversos autores –incluyendo Leandro Prados, naturalmente– encuadrando internacionalmente la experiencia económica española del último siglo y medio. El perfil a medio y largo plazo del PIB español no ha cambiado desde el que ya fijó en 1995. Ha cambiado mucho la capacidad interpretativa que nos ofrece la aproximación vía gasto, porque nos permite un análisis en términos de asignación de recursos entre consumo e inversión y entre gasto privado y gasto público. Ha cambiado también por la estimación sistemática de deflatores, que son verdaderamente nuevos. El nuevo conjunto de deflatores de Prados obliga a matizar significativamente nuestra apreciación de los períodos que se han caracterizado más por fuertes cambios en los precios relativos, como la Gran Guerra, la Autarquía o los años de las crisis petrolíferas. Sólo la investigación detallada sobre esos –y otros– períodos nos permitirá comprender plenamente el alcance –y las limitaciones– de los nuevos datos.

Los resultados agregados de Prados abundan en la idea de que España no ha logrado, en el último siglo y medio, acercarse de manera sistemática a los países más avanzados del mundo occidental –los grandes europeos y los Estados Unidos. Hay en esa constatación factual materia más que suficiente para alimentar nuevos programas de investigación en historia económica y en economía del creci-

miento. En lo que concierne a las etapas del progreso económico de España, Prados subraya que los períodos más positivos fueron de 1850 a 1883, de 1920 a 1929, de 1952 a 1974 y de 1986 en adelante. Por el contrario, de 1883 a 1920, de 1929 a 1952 y de 1974 a 1986, España se rezagó. El autor apunta a que habrá que seguir indagando antes de 1850 para lograr un diagnóstico sobre los orígenes de la distancia que separa España de las economías occidentales más avanzadas. De 1850 a 1913 el autor distingue netamente dos períodos: antes y después de 1883. Hasta 1883 el crecimiento español mantiene el paso con el del mundo occidental avanzado —y recupera algo las distancias—, mientras que de 1883 en adelante entra en una senda de suave divergencia. Leandro Prados descarta, con sus datos, una interpretación optimista de los años de la Primera Guerra Mundial. No parece que hayan sido un período fundacional del crecimiento económico español. Los desajustes en la asignación de recursos produjeron ganadores y perdedores y envenenaron la vida política y social española durante una generación. Como en toda Europa, la Primera Guerra Mundial tuvo que ser un semillero de futuras discordias. Leandro Prados confirma las tendencias recientes de la investigación en su apreciación muy negativa del primer Franquismo, pero ahora desplaza parte de la carga de la responsabilidad de la caída de los niveles de PIB por habitante sobre la Guerra Civil. Leandro Prados revaloriza el crecimiento español entre 1958 y 1974 en más de un punto, equiparándolo así al de los milagros económicos alemán e italiano, o al de los crecimientos acelerados de los países del Asia oriental contemporánea.

No he mencionado todavía la intencionalidad del título de la obra. *El progreso económico de España* es un título optimista. Las resonancias son innegables: frente al pesimismo de *El fracaso* se opone el optimismo de *El progreso*. La contraposición parecerá excesiva para muchos lectores, que se sorprenderán por las numerosas afirmaciones del mismo autor insistiendo en la ausencia de convergencia de la economía española con la de los países más adelantados, a pesar del innegable crecimiento económico español. ¿Qué importa más? ¿El crecimiento o la convergencia? Pero es un optimismo que corresponde a la nueva percepción del pasado español, cada vez más encajado en las pautas del resto del mundo y menos atípico. Ciertamente, nuestra normalización es fruto de compararnos con otros países que han sufrido en su pasado avatares desgraciados como los de España y no sólo con Gran Bretaña o con Estados Unidos. Pero también nos ayuda a relativizar muchos problemas y a enfocarlos de otro modo.

Por último, deseo subrayar que más allá de la contribución al conocimiento avanzado, la de Leandro Prados es una contribución al conocimiento básico. Básico porque afecta a muchos más sectores del conocimiento, y básico porque subyace a los demás, los fundamenta. Los datos más agregados que nos proporciona, y algunas de sus principales elaboraciones van a entrar, en los próximos años, en los temarios de las asignaturas básicas de los estudios de economía, de

empresa, de historia, de geografía y de todas las ciencias sociales. De hecho, van a entrar rápidamente en el bachillerato, y pronostico desde ahora, que van a convertirse en un clásico de las pruebas de acceso a la universidad. Ello será un éxito del libro, del autor y de toda la profesión: aquellos que nos convertimos en historiadores económicos fascinados por la tarea de reconstruir cuantitativamente el pasado económico para poder entenderlo mejor debemos tomar buena nota de que uno de nuestros objetivos generacionales básicos ha sido cubierto a plena satisfacción. Ahora, es el momento de aprovechar la enorme riqueza factual que *El progreso* pone a nuestra disposición para ir a la conquista de nuevos horizontes y plantear nuevos problemas y nuevas hipótesis.